

## SEGUNDA PARTE.

### LOS CONDES DE TORRE-LEAL.

#### I.

##### La familia del conde.

UNA de las habitaciones mas suntuosas entre las que habian construido en México los conquistadores españoles y sus descendientes, era sin duda la que ocupaban los condes de Torre-Leal.

Como todas, aquella aristocrática residencia estaba situada en la calle real de Ixtapalapa, que eligieron entre todas las de la ciudad los nuevos señores para levantar aquellos edificios que se llamaban en México modestamente casas, y que hubieran en otra parte podido apellidarse palacios.

Los condes de Torre-Leal descendian de una noble familia española, y á creer lo que decian los noviliarios de la nueva colonia, sus antepasados habian resistido en una tor-

re una invasión de los moros, y guardado el dominio de una comarca á Don Alfonso el Batallador, ó á alguno de los otros reyes de la península ibérica, que conservaron y ensancharon sus dominios merced á la grandeza heroica de sus corazones y al vigor de su brazo.

Sea de esto lo que fuere, los condes ostentaban en el escudo de armas de su familia, como recuerdo de aquella hazaña, en uno de los cuarteles, una torre de oro en campo azul, y llevaban el título antiquísimo, segun ellos, de Torre-Leal.

Las crónicas ó las tradiciones referian que el primer conde que llegó á México, vino como soldado de Hernan Cortés en busca de aventuras, gustó de la tierra, y se quedó de colono el que habia venido de conquistador; tomó *solar* entre los que repartió Cortés, edificó casa, tuvo familia, y quedóse su descendencia en la Nueva-España, siendo cada dia mas rica, mas considerada, y al mismo tiempo mas orgullosa.

En los años que vamos á presentar á la casa al lector, el conde era el anciano Don Carlos Ruiz de Mendilueta, y la condesa Doña Guadalupe Salinas de Salamanca y Baus.

El conde contaba ya sesenta inviernos, mientras Doña Guadalupe tenia apenas veintidos primaveras.

La razon de esta diferencia era que Don Carlos, viudo hacia ya muchos años, habia pensado contraer segundas nupcias, y se fijó para ello en una jóven hermosa y cándida, pero pobre, que vió casualmente una mañana en una iglesia; aquella jóven era Guadalupe.

El conde la observó durante la misa, la siguió á su casa, y se informó con los vecinos de su nombre y calidad.

Ocho dias despues se presentó á pedirla en matrimonio. El conde era noble, rico, buen cristiano, tenia un genio bon-

dadoso, y Guadalupe tenia quince años, era lo que puede llamarse una muchacha excelente: el matrimonio se arregló, y muy pronto Don Carlos llevó al altar á su jóven esposa, que se encendia de rubor bajo las curiosas miradas de la multitud que asistia á la ceremonia.

Don Carlos habia tenido de su primer matrimonio dos hijos; el mayor, Enrique, pasaba en la ciudad la plaza de un calavera, y la menor, llamada Doña Consuelo, habia profesado en uno de los conventos de México.

Cuando Don Carlos contrajo segundas nupcias, Enrique no manifestó el menor disgusto; por el contrario, conociendo que el aislamiento en que vivia su padre podia serle dañoso, celebró aquella boda como si hubiera sido la suya, y recibió á Guadalupe, si no con el respeto de un hijo, porque su misma edad se lo impedia, sí con el cariño de un hermano.

El conde estuvo con esto contentísimo.

Un año despues, Guadalupe fué madre, y Enrique llevó al niño á la fuente del bautismo.

Guadalupe tenia un hermano de mucha mayor edad que ella; llamábase Don Justo, y era un hombre sombrío, taciturno, místico y avaro, segun decia el vulgo.

Un mes hacia que el hijo de Guadalupe habia sido bautizado, cuando Don Justo se presentó en la casa del conde con el objeto de felicitar á su hermana.

Guadalupe estaba casualmente sola, y su hermano se acercó á la cama, colocó allí un sitial y se sentó.

—¡Tienes un hermoso niño! ¡gracias á Dios!—dijo Don Justo.

—Está muy hermoso, ¿es verdad?—preguntó Guadalupe con todo el orgullo de una madre.

—Mucho; parece un ángel: Dios me perdone la comparación.

Guadalupe besó á su hijo, y lo miró y volvió á besarlo.

—Dios te lo conserve, hermana, y lo haga un santo, y muy feliz: ¡pobrecito!—agregó Don Justo con aire compungido—¡qué lástima me da!

—¿Por qué?—preguntó espantada Guadalupe.

—¿Por qué? vaya, bien lo comprendes tú; no finjas.

—¡Ay, no! ¡dime, por Dios! ¿amenaza alguna desgracia á mi hijo?

—¿No nos oirá nadie?

—No.

—Pues óyeme—dijo Don Justo en voz muy baja:—¿qué, no te parece desgracia que este angelito que es nuestra sangre, no sea el heredero del condado de Torre-Leal, y vaya á ser un triste segundon?

—Dios lo ha dispuesto así—contestó Guadalupe;—además, el conde me quiere demasiado, y no dejará á su hijo en la miseria.

—No, no digo yo tanto; pero siempre..... eso de que tú fueras la madre del conde, y yo su tío.....

—Pero esa es la fortuna del que nació antes que mi hijo.

—¿Y si se pudiera en esto hacer alguna cosa?.....

—¿Alguna cosa?—preguntó con extrañeza Guadalupe;—¿qué quiere decir eso?

—Pues..... ya supondrás; todo el obstáculo para que tu hijo sea el conde, es ese calavera de Don Enrique.

—¿El heredero legítimo?

—Sí; pero si él faltara.....

—Entonces mi hijo sería el conde.

—Y es fácil que muera.

—¿Quién?

—Don Enrique.

—Ya lo creo; con esa vida de disipación que lleva, espadachín y quién sabe qué mas..... muchas pesadumbres le da á su buen padre.

—Seria bueno ayudarle al destino.

—¿Cómo?

—Sí; procurar que desaparezca el Don Enrique.

—¡Un crimen! Dios mio! qué horror!

—No, no precisamente un crimen.

—¿Pues qué?

—Así, algo, un plan; no sé cómo explicarte.....

—No, Justo, no me hables de eso; Dios sabe lo que dispone, y me conformo con su voluntad.

—Piénsalo bien.....

—Eso no tiene ni qué pensar, Justo.....

—La suerte de tu hijo.....

—Dios cuidará de él.

—Vaya, eres una niña, nada quieres hacer; pero al fin sobrino mio es, y yo veré lo que hago.

—Justo, no harás nada; te lo suplico.

—Déjame obrar.

—No, no quiero.

—Eres una tonta, hermana. Adios.

—Justo..... Justo.....—gritó Guadalupe.

Pero Don Justo, sin detenerse ni contestarle, habia salido ya de la estancia.

servir de diestro á algun ciego para atravesar una bocacalle, formando el mas notable contraste su rico trage de seda y terciopelo, cubierto de oro, y su robusta juventud con los harapos y ancianidad del mendigo.

Don Enrique era conocido y querido de todo el mundo.

Pero el diablo le habia tentado por el lado del amor, y el diablo, que no debe tener mucha dificultad para conocer el flanco débil de los hombres, se convenció de que por este lado poco tenia que luchar con aquella alma para vencerla, y sopló, y Don Enrique resultó mas enamorado que un gallo.

Las muchachas, que tenian ojos, como todas las hijas de Eva, para su perdicion, no dejaban pasar desapercibidas las cualidades del doncel, y á pesar de la bien merecida fama que gozaba de voluble, nunca cobraron experiencia en cabeza ajena, y esperando cada una, cegada por su amor propio y fiada en sus gracias, fijar aquel corazon, fueron, una en pos de otra, muchas, galanteadas, amadas y olvidadas. Solo que Don Enrique tenia el talento de separarse de los amores de una dama, conservándola como su amiga.

En la época á que nos referimos, el heredero del conde de Torre-Leal bebia los vientos, como dice el vulgo, por la lindísima Doña Ana de Castrejon, hija única de un español rico que habia muerto hacia pocos años.

Doña Ana era una jóven de esas que ahora se distinguen con el apodo de coquetas; vivia sola con su madre, gastaba con profusion el dinero, asistia á todos los bailes y á todas las diversiones, tenia un gran círculo de adoradores, y era en esto de constancia y de fe con sus amantes, digna representante de Don Enrique entre el bello sexo.

Ana y Don Enrique se encontraron en el mundo, y cada

## II.

### Las primeras asechanzas.

Don Enrique era un jóven á quien pocas mujeres podrian resistir; rico hasta la opulencia, dotado de una figura arrogante, de un ingenio claro, heredero de un antiguo título de nobleza, valiente hasta la temeridad, gran ginete, diestrísimo en el manejo de las armas y en todos los ejercicios corporales, con tanta facilidad improvisaba un romance ó unas seguidillas, como manejaba una lanza.

Por esto mismo, Don Enrique se sentia dueño de toda la tierra que pisaba, y no habia empresa á la que no acometiese, con tanta indiferencia en el peligro como en el triunfo; y sin embargo, Don Enrique tenia el corazon mas bien formado que el cuerpo; hubiera sido capaz de arrojar al fuego por salvar á un desconocido, ó arremeter contra cualquiera porque le veia maltratar á un niño; muchas veces le veian

uno de ellos comprendió al otro, y se respetaron como enemigos poderosos que no se atrevían á medir sus fuerzas: cada uno de ellos conoció que era aquella, si se empeñaba, una lucha muy peligrosa, y durante mucho tiempo pasaron indiferentes uno al lado del otro, deseando cada uno que su enemigo emprendiera un ataque para vencerlo ó para sujetarlo enteramente.

Pero ninguno de los dos, por mas que lo deseaban, se atrevía á tomar la iniciativa.

—Esta mujer—pensaba Don Enrique—desea que yo la galantee para burlarme y vengar á su sexo. ¡Cuidado!

—Este hombre—pensaba Doña Ana—quiere hacerme creer que no fija su atencion en mí, para interesar mi amor propio y hacer mas fácil su conquista. ¡Cuidado!

Y los jóvenes decían á Don Enrique:

—¿Quieres explicarnos por qué tú, tan enamorado, no piensas jamás en galantear á la hermosísima Doña Ana?

—Yo mismo no lo sé—contestaba Don Enrique.

Y las muchachas decían á Doña Ana:

—¿Qué milagro es ese de que no hayas hecho caer á tus piés á Don Enrique?

—Nunca he pensado en ello—contestaba Ana, y seguía hablando de otra cosa.

Así pasaban los dias, y Don Enrique y Ana se encontraban continuamente, fingiendo que ni se miraban, pero pensando siempre el uno en el otro, y haciendo ya un negocio de orgullo aquel triunfo, en el que realmente poca parte debía tener el corazon.

Por fin, un dia la suerte tuvo que decidirse, y en un baile los dos jóvenes se encontraron y tuvieron que hablarse, y aquella conversacion se animó y se prolongó, y nadie qui-

so interrumpirlos, porque conocieron que habia llegado la hora de la lucha, y todos tenian deseos de saber quién vencería.

—Ha ya algun tiempo—decía Ana—que os miro triste—y esto era falso; pero Ana creyó que así podria emprenderse el combate.

—Señora—contestó Don Enrique, conociendo la intencion de la dama y aceptando el terreno en que se preparaba la batalla;—quien tiene el corazon herido, mal puede mostrar alegría en el rostro.

—¿Estareis apasionado?—dijo la jóven, entrando audazmente en materia.

—En la juventud, señora, ¿quién no lo está?—contestó Don Enrique, esquivando el golpe.

—Puede ser que sea la enfermedad de la juventud; pero ó yo no soy jóven, ó debo ser de distinta naturaleza, porque yo no siento aún esa enfermedad.

—Casi es imposible, señora.

—Podeis creerme.

—¡Vos, tan hermosa, tan interesante, tan pretendida!.....

—¿Quizá poetizais?

—¡Señora, si la verdad es poesía, poetizo!

—Soñando.

—Digo lo que siento y lo que veo.....

—Esta noche estais por demás galante.

—Esta noche digo lo que otras muchas he pensado.

—¿De veras?

—Podria jurarlo.

Doña Ana lanzó á Enrique una mirada llena de fuego, que él contestó con el mismo entusiasmo.

A partir desde aquellos momentos, las relaciones amoro-

sas entre ambos fueron haciéndose mas estrechas y mas públicas cada día.

Doña Ana no dejaba de sonreír dulcemente á todos sus otros apasionados, ni Don Enrique perdía ocasion de galantear á otras damas; pero en el fondo todos comprendían que esto no era sino efecto de sus antiguas costumbres, y que ó bien por amor ó bien por orgullo, Don Enrique y Doña Ana se guardaban fidelidad.

La gente comenzaba á creer que al fin los dos se habían ya fijado para siempre y que aquello pararía en un matrimonio.

La madre de Doña Ana se llamaba Doña Fernanda, y estaba tan orgullosa de la beldad de su hija y de sus triunfos amorosos, que jamás entró en su cerebro la idea de reconvenirle: Doña Ana había llegado á ser el ama en su casa, la dueña absoluta de sus acciones, y su madre no hacía sino acompañarla á las tertulias y á las diversiones.

Los amores de Don Enrique con Doña Ana causaron á Doña Fernanda el mayor placer; casar á su hija con el heredero de Torre-Leal, hubiera sido para ella la suprema felicidad, y aunque jamás había hablado con su hija de esta clase de asuntos, aquella ocasion le pareció indispensable tratar con ella el modo de realizar el matrimonio, ayudando con su experiencia á la hermosura y á la seduccion de Ana.

Una noche que estaban solas la madre y la hija, Doña Fernanda quiso aprovechar la oportunidad.

—Hija mia—le dijo—quizá te parecerá extraño lo que voy á decirte, porque no me he mezclado jamás en tus asuntos; pero hay cosas en las que me parece muy prudente y de estrecha obligacion aconsejarte.

—¡Vaya un milagro, madre! ¡y cuándo os acordais de eso! ahora que soy ya una mujer formal y que he adquirido en el mundo tanta experiencia!.....

—Ni en la misma vejez, hija mia, es bastante la experiencia adquirida; escúchame: ¿qué tal vas en tus amores con Don Enrique?

Ana miró á su madre con extrañeza y como admirada de aquella intempestiva pregunta.

—No te admires—continuó Doña Fernanda;—eres mi hija, deseo ante todo tu bien, y te hago esta pregunta porque creo que en esas relaciones debes tener muchísimo cuidado.

—¿Creeis, madre mia, que soy una niña á quien podrá burlar á su antojo Enrique?

—No; creo que tienes demasiado mundo, y lo que temo no es que se burle de tí, sino que tú no tengas bastante destreza para obligarlo á casarse contigo.

—No he pensado en eso.

—Ahí está precisamente el mal, y por eso he querido hablarte.

—Pues hablemos, madre mia.

—Ana, tú eres jóven y bella, á mi lado nada te falta, y el día que yo muera, serás lo que puede llamarse una persona rica; pero las mujeres solas no están bien en la sociedad; las mujeres hemos nacido para casarnos; es fuerza que tú tengas un marido, y nadie puede convenirte mejor que el conde de Torre-Leal.

—Aun no es conde.

—Pero lo será, y muy pronto; conque vamos á lo que importa: ¿jamás te ha hablado de matrimonio?

—Nunca; pero dice que me quiere mucho; ¿no es bastante?

—Hé aquí cómo sois las jóvenes; con palabras tiernas os daís por satisfechas.....

—¿Pero qué he de hacer si él no me dice?

—Pues obligarle, obligarle.

—¿Y cómo?

—¿Le has dicho tú que le amas?

—Sí, madre mia.

—Eso es, por eso son ellos tan volubles; nada de dificultades, nada de lucha; como agua que va en el arroyo, todo se les viene á las manos á pedir de boca.

—¿Pero madre mia!.....

—Vaya, por eso hoy una niña cuesta tal trabajo cuidarla; en mi tiempo, hija mia, el sí se daba en cambio de la palabra de casamiento; éramos muy prudentes.....

—Vamos, madre mia, no me burleis así, que segura estoy de que mi abuelita os dijo á vos lo mismo que ahora me decís, y que ella lo oyó tambien de boca de su misma madre.....

—Será lo que tú quieras, pero lo que te digo es la verdad.

—Bien, lo será; pero si ya alcanzó Don Enrique mi correspondencia sin condiciones, ¿qué remedio me queda?

—Veremos, veremos; es preciso para exaltar su pasión, ponerle infinitas dificultades, que ya que no vengan de tí, sea yo quien las presente.

—¿Vos?

—Yo, yo misma; dirásle que me opongo á vuestros amores porque llegué á saber que es un hombre de mala cabe-

za, y que te he amenazado con meterte de monja antes que consentir en vuestro matrimonio.

—Pero si él nada me ha dicho de matrimonio.

—Por eso soy yo la primera que menciono tal cosa, ¿entiendes? Esa palabra que tú pones en mi boca, pero él oye de la tuya, abre un camino nuevo á vuestras amorosas relaciones.

—¿Y si por esto se desalentase?

—No lo creas; tú no conoces á los hombres: quizá le produzca mal efecto al principio; pero despues será mas ardiente y apasionado, y aquí en confianza te diré que Don Justo, el hermano de Doña Guadalupe la condesa, me ha referido que Don Enrique se muestra cansado.....

—¡Ay Dios, madre mia!.....

—Precisamente este es el resultado de la falta de obstáculos, y esta es la que vamos á remediar: conque ten confianza en mí y haz lo que te digo, y verás, verás.

—Bien, madre mia, lo haré.

—Pues aprende bien la lección: de hoy en adelante me pintarás á sus ojos como un enemigo terrible de vuestros amores; me opondré á que lo veas, y llorarás, y le darás citas á deshora, cortas, llenas de sobresalto y de zozobra; al llegar le saludarás apenas, y luego huirás, diciendo: «Idos, idos, por Dios, Don Enrique! viene mi madre! somos perdidos!»

Ana lanzó una alegre carcajada oyendo el relato de aquellas comedias que se preparaban; jamás habia tenido amores de esa clase, y le parecian muy divertidos.

—Yo—continuó Doña Fernanda—te privaré muchas veces de ir á bailes y paseos.....

—¡Ay madre mia, qué rigor!

—Es fuerza hacerlo; de otro modo nada creeria, y no se aventajaba nada.

—¡Es lástima!

—Algunas veces te encerraré, y no le verás á él ni á ningún otro, y entonces le enviarás una esquila llena de quejas y de protestas amorosas.

—Pero si apenas sé poner mi nombre, y eso tan mal, que vos misma no lo entendeis.

—Eso nada importa; yo no, porque no sé; pero un amigo de confianza, el mismo Don Justo, que me ha prometido ayudarme en todo, las escribirá, ó nos valdremos del padre fray José del Carmelo.

—Mejor de Don Justo, porque con fray José me confieso, y me causaria mucha pena.

—Bien, del que tú quieras, eso no importa; hágase el bien, y no importa quién.

—Perfectamente; me gusta, me gusta.

—¿Conque ya comprendes?

—Sí, comprendo.

—Pues adelante; desde mañana mismo comienzas, y me dices cuanto te pase, y yo te aseguro que antes de cuatro meses, si Dios no dispone otra cosa y el viejecito conde se va á gozar de su Divina Majestad, tú eres la señora condesa de Torre-Leal.

—Dios quiera, porque me habeis hecho pensar en ello y desear lo que no me habia imaginado: ya vereis, ya vereis si soy capaz de hacer todo eso que me habeis dicho, y mucho mas.

Doña Fernanda se retiró, orgullosa de la leccion que habia dado á su hija y de la inteligencia de ésta.

Ana comenzó á soñarse desde aquella noche la condesa

de Torre-Leal y figurarse el blason que pondria en la puerta de su carroza, y las armas bordadas en el pañuelo, y las libreas de sus lacayos, y todo aquel tren aristocrático y suntuoso de la antigua nobleza.

Ana habia pensado antes en el triunfo de tener por adorador á Enrique; desde esa noche quiso tenerle por esposo.